

El juicio del 23-F

Hilo directo

El «elefante» era nadie

Señores, ¡qué Rey tenemos! Ayer, en Campamento, Sala de Justicia, los alegatos de las defensas seguían invocando el nombre del Rey en vano. Ayer, en Campamento, se desataba la sombría oratoria de los patrioterismos estrechos y enconados. Ayer, en Campamento, se elogiaban hasta el paroxismo la dialéctica de las pistolas desentendidas y el unos contra otros. Pero en la misma secuencia de las horas del reloj, nuestro Rey redactaba su mensaje ultramarino de «moderador» y «mediador» de paces... Nuestro Rey se ofrecía para sembrar la paz donde otros siembran desolación y muerte en el océano. Y ello, remontando «lo de Campamento» y «lo de fuera de Campamento». Comprendo que es tremendo encajar, en este marco de grandeza de ánimo y altitud de miras regias, el relato enojoso de una sesión más, la 41.ª, de la interminable saga atroz de los juicios. Pero seríamos necios, seríamos injustos y seríamos ciegos si no cotejásemos dos hechos simultáneos en el tiempo: aquellas hostilidades sin futuro y este gesto sereno, esta actitud enhiesta, esta esperanzada manera de SER ESPAÑOL que, una vez más, vuelve a revelarnos nuestro Rey..., el de las continuas sorpresas.

«Hombres como éstos que hoy comparecen como presuntos culpables ¡son los que necesita España!» «España es una nave que se hunde y hay que salvarla con toda su marinería.» «Desde que murió Franco nació en España la desgracia.» «Por culpa de esta pretendida democratización, ya no se dice "patria"; se dice "país"... ¡Vamos dejando de ser españoles y ahora somos todos "paisanos"!» Grita, gesticula, atrona en la Sala con sus estentóreas cascadas de toses el letrado Martín Fernández. Más que defensa de su patrocinado Mas Oliver, la soflama es desahogo del defensor. Penosa y estéril actuación. Describe no ya un «estado de necesidad», sino un «estado de calamidad» con tan agresivos tintes de errores y horrores que... a punto estoy de salirme a llorar.

• Inició la sesión, 41.ª, ¡ay!, el letrado López Montero, que continuaba su defensa de Tejero, interrumpida la víspera. Alegó que «no hubo rebelión» en el asalto al Parlamento, «ya que mi defendido entró al grto de "en nombre del Rey!"... y en ningún momento pretendió ir contra la Corona ni contra la Constitución». A ver, un momento. La moviola. El propio Tejero, con toda sinceridad, declaró en esta Sala que cuando en la reunión de General Cabrera, 15, supo que Armada era el respaldo moral bajo el que se amparaba Miláns del Bosch, torció el gesto: «No me gustaba Armada, por su monarquismo...» Y cuando se dijo que «la operación sería en defensa de la Corona y de la democracia», volvió a hacer su mohín de disgusto: «Hubiese preferido que dijese "erradicar" el marxismo... pero acepté lo que se propuso: "congelarlo"... Le dije a Miláns del Bosch que yo no era monárquico. El me dijo que lo era visceral...» Aún más: cuando consigue convencer al coronel Manchado, en el Parque de Automovilismo, para que le proporcione hombres, armas y vehículos, le recuerda que «en la arenga, remache mucho lo de la Corona y la democracia»... Era una evidente invocación-señuelo, falsa etiqueta de legitimidad. Pero, al explicar los contenidos ideológicos de la operación diseñada y aplazada aquel mismo 18 de enero en el domicilio del teniente coronel Mas Oliver, Tejero declaró sin pelos en la lengua: «En el extranjero querían seguir viendo aquí Corona y democracia; pero nosotros, desde dentro, lo arreglaríamos... a la española.» Y en otro momento confesaba: «No reconozco otra democracia que la orgánica.» ¿Más claro...?

• Sólo se traspasan los umbrales finales

de la fortaleza, cuando ya no se tiene nada que perder. Cuando en la noche del 23-F a Tejero le han dicho ya: «Papá, que tus dos amigos te han abandonado..., estás solo», y «Antonio, estás más solo que la una...», no te siguen», y Armada llega ofreciendo «aviones y al extranjero» o «Gobierno de coacción con marxistas»... (respeto la versión Tejero, que no es la de Armada), el «teniente coronel operativo» sabe que si acepta le espera el exilio; y si no acepta... el banquillo de acusados. «De cualquier modo, me tocaba perder.» «Tardaréis en ponerme las esposas lo que yo tarde en salir a la calle», acababa de decirle a Armada.

Y es que a Tejero sólo podía salvarle la llegada del «elefante»: «la autoridad, militar por supuesto», que debía presentarse a las «H más 2».

Tejero espera en vano un prometido «relevo de tropas» que no llegan y... «una autoridad militar que dirá lo que hay que hacer y hablará a los parlamentarios... cuando se diga la consigna «ha llegado el elefante» no te extrañes si ves que algunos diputados lo reciben con agrado... hay socialistas que son más bien socialdemócratas...» Y lo espera porque alguien se lo ha dicho así. Según Tejero, ese alguien fue Cortina, aunque antes le había hablado de un mando «bicéfalo» Miláns del Bosch-Armada, «aunque la cabeza más grande..., más gorda —me dijo— es la de Armada». O sea, un águila de dos cabezas y un elefante. Tres. Hace un año y cinco días yo escribía para ustedes: «¿Quién es el tercer hombre?» Hoy vuelvo a plantearlo. A ver si hemos avanzado algo entre las brumas...

• Armada: «Fui dispuesto a sacrificarme... y me sentí, tengo que decir la verdad, empujado, sí, empujado...» Miláns del Bosch: «Yo no sirvo para ser presidente del Gobierno... Yo no voy a Madrid más que si me lo manda

el Rey... Yo sé lo que tengo que hacer en mi Región, y estoy haciéndolo.» Era, pues, un tercero. O no era nadie. Repito: o no era nadie.

¿Un «tercero», teniente general de aureola simbólica...? Esa persona estaba el 23-F ya entrada la tarde en una cafetería de la calle Alfonso X. Y nadie le requirió.

¿Un «tercero», general de división, que llevaría mandando tropas, disolvería las Cortes y anunciaría la formación de una Junta Militar de Gobierno, provisional, estando él o no entre sus miembros? Esa persona estaba tomando café en El Pardo. Pudo, pero no dio el paso. Necesitaba «garantías». Cuando el general Juste, desde la DAC, telefoneó a Zazuela y le dijeron que «Armada ni está aquí ni se le espera», el general, sentado enfrente, pensó: «O Armada no era el hombre o nunca se debió contar con él... o el Rey ha cambiado de opinión o nunca respaldó esta operación... aunque Miláns del Bosch nos había dicho...» Y se quedó inmóvil en su asiento, como «convidado de piedra». Pero una de sus declaraciones arroja algo más de luz. «Conocida la actitud del Rey, mi situación en la DAC ya no tenía objeto... pasadas más de dos horas desde la ocupación del Congreso y tomadas por el Alto Mando cuantas medidas fueron necesarias, cualquier actitud por parte de pequeños núcleos hubiera sido con enfrentamiento y sangre.» Interesante, ¿no?

Y, finalmente, ¿un «tercero» que... habló por teléfono con Armada, a eso de las diez y



cuarto de la noche del 23-F? En el despacho de ayudantes del Cuartel General del Ejército. «El interlocutor podía ser civil o militar... Si era militar, Armada le hablaba como a uno de su mismo rango. Y con tono de deferencia.» ¡Ah..., he aquí uno de los más sugerentes enigmas de esta causal. Porque «esa llamada» no debe confundirse con la que el general Armada hizo a su casa, a su familia, al regresar del Congreso. Y porque «esa llamada» pudo decidir que el «tercer hombre», improvisado y «con el tren en marcha», fuese Armada. Con quien jamás Tejero podría entenderse. Por eso, moviola por última vez: quien puso en escena la promesa de «un elefante» sabía muy bien que... no iba a ser nadie. Repito: nadie.—Pilar URBANO.